
El inicio de mi formación docente: los inolvidables

Yael Daniela Portillo Meneses

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profa. Leonarda Gómez Blanco”. Santa Apolonia Teacalco, Tlaxcala.

menesesdaniela366@gmail.com

Soy estudiante de la Licenciatura en Educación Primaria. Actualmente, me encuentro cursando el sexto semestre y puedo decir que, en un inicio, el ser docente no era mi mayor sueño ni aspiración. No muy convencida, me postulé al concurso de selección de la escuela Normal, esperando no ser aceptada, pero mi sorpresa fue que sí logré ingresar. No puedo negar que muchos días fueron tediosos, con clases aburridas y que mi motivación parecía esfumarse cada día un poco más, sin embargo, todo cambió cuando mi asesor de la materia Iniciación al trabajo docente anunció que llevaríamos a cabo nuestra primera jornada de observación y ayudantía.

Recuerdo muy bien que nos explicaron que pasaríamos una semana completa observando y apoyando a un docente titular de alguna Escuela Primaria. No me emocioné, mucho, menos porque la escuela a la que fui asignada me quedaba a dos horas de camino. Resignada, tuve que emprender un difícil viaje hasta llegar a mi destino, un lugar al que jamás había ido y del que no sabía que existía.

Me asignaron en una escuela multigrado en la que había dos docentes, en un municipio de mi estado y catalogado como zona marginada y en pobreza extrema. Todo parecía nuevo para mí: los niños, los docentes, el lugar. Cuando llegué, no puedo olvidar los rostros de los alumnos, niños de seis, siete y ocho años compartiendo el mismo salón, jugando y riéndose. Todos se conocían porque el lugar era muy pequeño, lo que permitía que la interacción entre ellos fuera mucho más familiar de lo común.

Pasó el primer día y cuando regresé a casa sentía que algo me estrujaba muy fuerte en el pecho, era un sentimiento que empezaba a nacer en mí y que crecía poco a poco. Mis emociones se empezaron a

entrelazar, lo que indudablemente sé es que los niños que acababa de conocer me habían robado el corazón por completo. Me bastó un día para ya no querer irme de esa escuela y seguir compartiendo con ellos.

Aunque mi estancia fue breve, pude observar muchas cosas en el salón de clases. Nunca olvidaré a Santiago, un niño que vivía situaciones muy complicadas en casa, de violencia y abusos en contra de él y sus hermanos. Recuerdo que la maestra titular me explicó lo que pasaba, ya que el niño presentaba complicaciones en su aprendizaje. Entonces, me senté junto a él en las clases. Al principio me rechazaba y no quería que lo ayudara con sus actividades, ni siquiera quería que le hablara. Respeté su espacio y para el tercer día ya se acercaba más a mí.

No podía creer cuando comenzó a pedirme ayuda, me abrazaba y platicaba conmigo. A mí eso me causó muchísima alegría, incluso me hablaba sobre cosas que le gustaban hacer, como pasear en bici con sus primos y pasar tiempo sentado a la orilla de un jagüey de la comunidad.

Sin darme cuenta, llegó el día de la despedida. Las horas pasaron tan rápido que no lo podía creer. Algo había cambiado en mi vida y en mi formación docente. Supe que nada volvería a ser igual y también que en ese lugar se quedó una parte de mi corazón. Cuando me fui, me sentía triste, pero entonces recibí una carta que decía “no te vayas por favor”. No puedo explicar la ternura que sentí, ni el cariño. Lo que sí puedo explicar es que desde ese momento me puse a reflexionar acerca de la vocación. Antes pensaba que era algo con lo que se nace, pero hoy ya no lo creo así. El amor de un estudiante puede poner el mundo de un docente de cabeza y en situaciones como éstas es cuando comenzamos a valorar los pequeños detalles, acciones y la inocencia de los niños.

Todo lo que he vivido a lo largo de mi formación me ha dejado huellas imborrables. Llevo conmigo a todos los niños con los que me he encontrado en mis jornadas de observación y prácticas profesionales, así como a sus maestros, porque todos ellos me han dejado enseñanzas y aprendizajes.

Gracias a todas las experiencias que he reunido a lo largo de tres años de formación, pude recordar cuando a los siete años le decía

a mi familia que quería ser maestra de primaria o de preescolar. Quizás poco a poco me olvidé de mi sueño y lo cambié por otros, pero lo que puedo decir es que en ese entonces yo tuve un “maestro practicante”, a quién le hablé sobre mi sueño de ser maestra, y me respondió “me voy a sentir muy orgulloso de ti cuando ingreses a la Normal”. Ahora creo que estoy en el camino correcto y que la labor del docente, aunque es ardua, merece la pena ponerle todo el empeño y dedicación. No podemos cambiar algunas circunstancias, ni resolver todos los problemas del mundo para evitar que los niños sufran, pero sí podemos hacer de la escuela un refugio, un lugar seguro en el que los alumnos disfruten estar.

Hoy disfruto el lugar en el que me encuentro. Por muchas razones estoy aquí y sé que aún me faltan muchas cosas por hacer y mejorar en mi desempeño, pero no me canso de intentar y siempre dar lo mejor de mí.